

visto ella prefería el movimiento de la plaza, pues llamaba la atención de Luis á las zambras, los ebrios y los bofetones. Así corría veloz el tiempo y la fiesta con él sin que Luis consiguiera hablarla de su amor. Y pensando que tal vez lograría mejor su propósito á la noche, durante los juegos de pólvora, se dejó distraer por ella el poco tiempo que aún quedaba á la hermosa tarde, agonizante ya en rico lecho de celajes.

Despidióse Luis, salvó la estacada por entre las alfajías, y arrumbó á la Avenida de las Damas para presenciar el pomposo desfile de la brillante sociedad josefina y de otras gentes que fluyen siempre en estas ocasiones de no se sabe dónde, y revueltos corren á lo largo de las aceras como un río de humanidad.

## IX

Los mongolfieres, afectando figuras extravagantes, cruzaban el cielo llevados por el viento. Las bandas marciales tocaban la serenata al aire libre, sobre un entarimado, en los parquecillos de Morazán. La concurrencia, ondeando en las aceras arrojaba confetti y oía la música. Ráfagas de aire fresco estremecían de cuando en cuando, y la noche convidaba con su placidez á gozarla.

Todo talle delicado que ceñía falda costosa ó no descansaba en los poyos que rodean los parquecitos. Allí Felicia lucía, bajo la claridad como de luna de los focos eléctricos, y encontraba muy divertida la

noche. Luis con sus amigos pasaba y volvía á pasar frente á ella bañándola de papelillos dorados que al posársele sobre el cabello y el traje brillaban como las escamitas áureas de una mariposuela rota á la luz matinal.

Cuando la serenata terminó, las bandas, una á una, arrojando á los vientos marchas populares, se dirigieron al circo de toros. Entonces fue cuando Luis se acercó á Felicia y en compañía de ella llegó á los tablados. Escogieron uno que se anunciaba con un gran letrero negro escrito en lona blanca, y con dificultad subieron á él porque la multitud se arremolinaba afanosa entrando al redondel, adrede no iluminado sino con las pobres luces de los palcos.

Al cabo de un rato un corneta, desde el palco municipal, vibró un toque de atención y en seguida uno de fuego. Duraba aun el calderón de la última nota cuando

una recámara estalló en media plaza y disparó bomba fenomenal al espacio. En el tapiz oscuro, casi negro, del cielo, se vió un manchón ígneo y como pringues de chispas, y acto continuo se oyó una detonación que aplaudió y clamoreó el gentío: principiaron los juegos de pólvora.

Comienzan ahora los molinos que despiden luces de colores y chispas; siguen los *voicanes* que matizan la plaza de morado, rojo y azul; las roncadoras rosetas que suben como el agua de potentes surtidores; los cohetes, clásicos en la celebración de toda fiesta religiosa y con los que antes se anunciaba el comienzo de las funciones en el antiguo Teatro Municipal; los coheteros, que allá en lo alto estallan en policromas estrellas, ó en esplendorosa forma de cola de pavo real, ó cual raro lirio que subiera en botón para florecer y despojarse en seguida de sus pétalos encendidos.



Felicia miraba regocijada los fuegos artificiales, los pleitos, y las personas que discurrían abajo cual sombras; y charlaba alegremente con las primas y su amigo. Locuaz y encantadora la encontraba Luis.

Después de apagado un volcán prendieron un *toro guaco*. Cargóle á costas un hombre, que copiando los toros en lidia, embestia. El esqueleto de la figura, iluminado con bengalas, alumbraba el redondel al rededor del cual corría el hombre llevando en pos turba de granujas que recogían las bengalas que iban cayendo y ponían estorbos á fin de que rodasen por tierra hombre y figura. El toro guaco arrojaba atrevidos *cachiflines* (1) que, cual sierpecillas furiosas describiendo rúbricas en el raso gris oscuro del cielo, se colaban á los tablados en donde provocaban alborotos, del terror

---

(1) Buscapiés.

que infundían. Dos veces Felicia se encogió medrosa ocultando la cara en su abrigo. Después se inclinó en el antepecho de reglones, para abarcar con la mirada el panorama de la plaza. En el movimiento que efectuó, desprendiósele del pecho un clavel rojo, hermosísimo. Luis, rápidamente recogió la flor, aspiró el perfume deleitándose en él, y muy muy quedó improvisó al oído de ella:

Libando con delirio  
las mieles del amor  
halló una loca abeja  
sepulcro en una flor.

Y entregó el clavel. Felicia lo recibió con indiferencia y lo aprisionó con los labios por el peciolo. Entonces Luis, contemplándola, con cierta ternura le dijo:

—Así, me parece ese clavel el símbolo de las flores que brotan de sus labios. ¿Sabes V. que el clavel es por excelencia emblema del amor...? Ah, el amor...!

—Ah, el amor. ¿Qué significa eso? preguntó Felicia con mimos de chiquita.

—Esa exclamación suele cristalizar la esperanza ó la desilusión de los corazones que aman. ¿V. Felicia, cree en el amor?

--Nadita; contestó ella en tono burloncillo.

—Pero V. no tiene por qué no creer...

Felicia no dijo palabra; seguía con las pupilas los haces de luces que pincelaban de azul y gualda la oscuridad; y se fijaba en el panorama que le parecía un cuadro de sombras japonesas muy negras con puntos rojos y blancos.

Luis prosiguió:

—Yo soy abelieno.

—Palabra más rara... ¿Qué significa? Hará V. el favor de explicarla para entenderla.

—¿No sabe V. qué es ser abelieno? Pues es, creer tan sólo en el misterioso enlace de las almas por el amor.

El clavel cayó otra vez; y Luis, después de alzarlo, dijo á Felicia, con ese tacto exquisito que es el perfume de la cortesía:

—A esta flor se le adivinan los deseos de quedarse conmigo. ¿Sería V. complaciente con ella...? Es tan bonita...

—No, contestó secamente Felicia; y alargando la mano para recibirla, se volvió á sus compañeras, diciéndoles:—Qué romántico!

La flor subió al nido rojo de los labios de su dueña gentil.

El gesto displicente de ella hizo filosofar para sí al galán enamorado: «Entre dos que se quieren no hay más que una cantidad de cariño que consumir: lo que uno gasta de más el otro gasta de menos... Y, si el amor nace de nada, también muere de todo.» Luego sacó un cigarro-puro al que dió vueltas entre los dedos, y solicitó permiso para fumar, agregando:— ¡Hace tanto frío!... Haré que el viento



arrebate el humo... de modo que no les moleste... Se retiró un poco del grupo de niñas y fumó; pero como aquella criatura le atraía fuertemente, la miraba ansioso. Y pensando que ella partiría en breve al campo, quizá el lunes próximo, sin haber coronado él sus deseos, se impacientó, sintió el frío de la noche y el viento le fue insoportable.

Ella seguía con los ojos la estela ígnea de los cohetes, y contemplaba las últimas figuras de los juegos de pólvora de aquella noche de fiestas.

Luis sufría de sus nervios exasperado con los desdenes. Clavado en su silla experimentaba interiormente su poquito de cólera. Tuvo una ocurrencia: se subió el puño casi hasta el codo y aplicó la brasa de su cigarro sobre la muñeca desnuda; el vello ardió exhalando su olor peculiar y la piel chirrió. La distracción era cruel: así

le pareció á la niña que observaba al des-  
cuido, y cuyo desvío era aparente. Inter-  
vino, pues:

—¿V. se imagina ser una figura de pólvora y quiere arder?

Luis, sin alzarla á mirar, continuando la operación, contestó suavemente:

—¿Que si quiero arder?... ¡Si me estoy consumiendo...!

—¿Pero qué hace? Agregó ella preocupada.

—Nada, mato mis nervios. V. me...

Felicia no pudo ya contenerse. Hizo una mueca reprensiva; con su propia mano retiró la brasa tirando moderadamente del puño de la camisa de Luis, y le dijo:

—No sea bobo. ¿Por qué se daña? Después, amigablemente, añadió:—A ver, muéstreme. ¡Qué barbaridad; si tiene una ampolla! Pásesela por el cabello para que se le calme el dolor.

Sin dejar de mirar á Luis, Felicia llevó otra vez á los labios el clavel que se había colocado en el pecho, y preguntó:

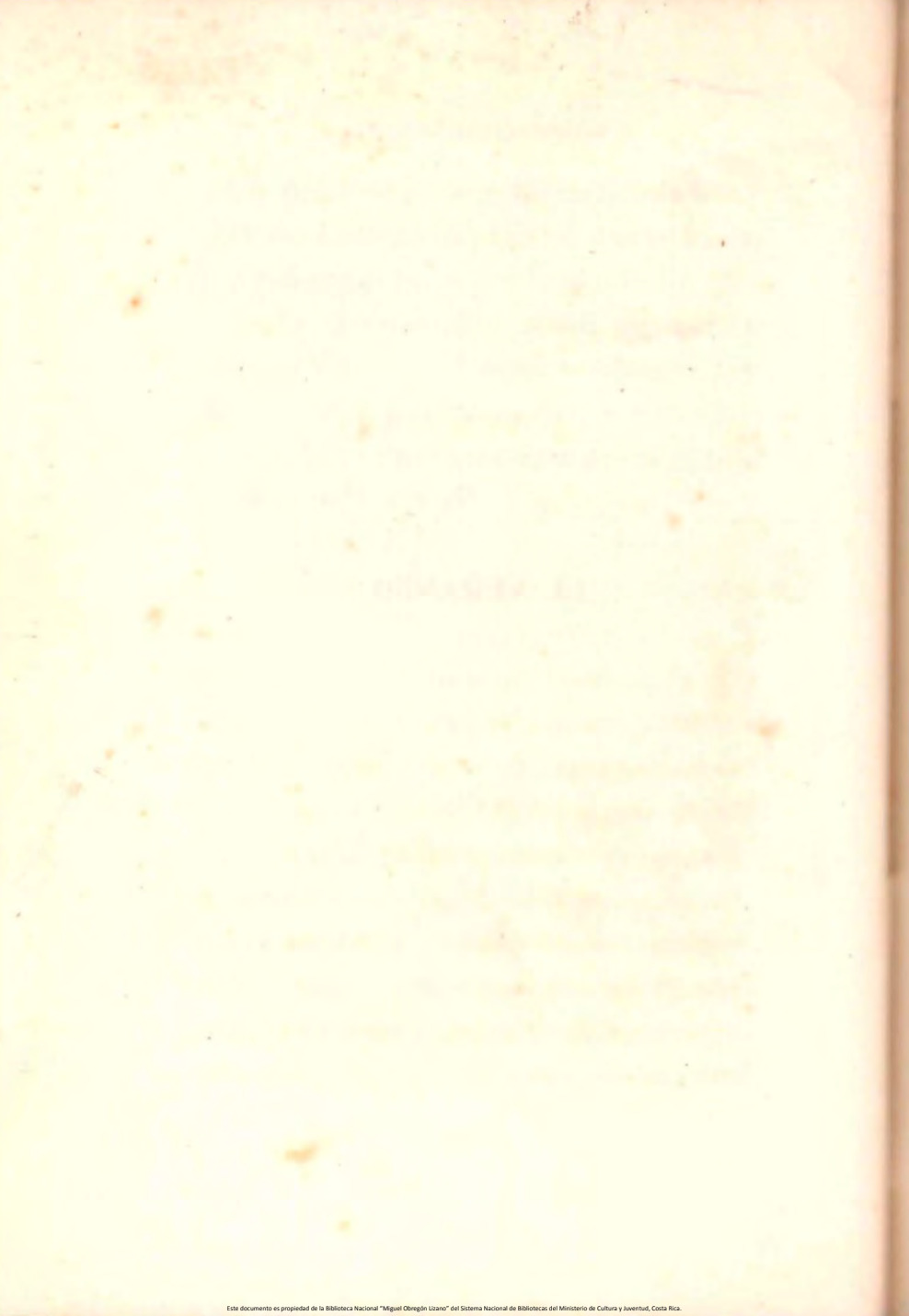
—¿Le duele mucho? Y sin esperar la respuesta, le pasó el clavel repetidas veces por la quemadura diciendo:

—Se lo regalo para que se cure. ¿Se aliviará con esa flor?



## EL VERANEIO





## EL VERANEIO

---

### I

**L**A forma del potrero parecía la de una media naranja verde. En su contorno una cinta de agua cristalina se deslizaba rumorosa en el fondo arenoso de un zanjón. Dos puentecillos de troncos, y uno de mampostería, tosco, desquiciados los sillares, comunicaban el resto de la dehesa con el potrero, desde cuya parte alta la vieja casa de dos pisos dominaba airosa con sus corredores amplios, hermosos pai-

sajes. Lejos, el perfil de cordillera acortaba el puro azul del cielo; los despeñaderos escondían sus piernas peladas en los precipicios. Allá, la montaña con sus bosques de robles, iras, ciprecillos, encinos, y sus lianas y bejucos larguísimos enredando por todo. Y en la vecindad de la casa, los cafetales, los cañadulzales y el zacate de Pará cundiendo seguros de la pujanza del sembrador y de su energía incansable que adelantaba día á día por las incultas laderas.

La planta baja del caserón era de adobes; arriba, de madera; tabiques de anchísimas tablas de cedro formaban los cuartos. Encalada toda la casa; sequísima, olorosa á tusas por las trojes de maíz repletas. Pocos muebles y feos, pero sabrosotes, antiguos, lustrosos del uso, contrastando agradablemente con las niñas trajeadas á la moderna, ya que se espera ver

repantigado en el sitial de brazos con labraduras, al patriarca de antaño ceñida la cabeza con un pañuelo enorme y en la diestra el báculo de guayacán ó cocobolo. Frontero á la casa, al Oeste, había un galecón para las carretas y trebejos, sombreado en una esquina por las hojosas ramas de un copudo higuerón secular con raíces á flor de tierra. Por ese lado una tranquera, cuyas agujas se erguían al extremo del puentecillo de piedra, daba paso á un plantío de caña de azúcar. Detrás de la casa una tapia de poca altura y dos corredores muy maltrechos por el tiempo, cerrado uno, con ventanas el otro, encuadran un jardín bien cuidado. El corredor cerrado, con vista y salidas al potrero y al jardín, servía de bodega: allí se veían estivas de sacos de café y herramientas de agricultura; y en el fondo, cerca de un clasificador viejo, ya arrinconado, el camastro de Quir-



co, y su baúl que cuando lo abría perfumaba á eucalipto.

Quirco, pálido y nervioso mocetón hijo de un *mandador* muy honrado que hubo en la quinta, desempeñaba como guardián, ordeñaba las vacas y cumplía oficios domésticos con el beneplácito de la señora madre de Felicia.

El día anterior había sido de trajín para las niñas y los criados, que se lo pasaron aperciendo las habitaciones para la temporada de campo. Y todo quedó perfectamente arreglado.

Felicia y sus primitas se alojaron en una habitación con ventana al corredor de la escalera: fue el primer dormitorio que ellas pergeñaron y se complacieron en dejar como una coquetuela muchacha del campo. A esta hora no había en él nadie porque las niñas andaban haciendo ejercicio. Vestidas con telas ligeras, juguete de la bri-

sa, llevando protectores sombreros alones de paja adornados con cintillos negros en el ala y con flores naturales en la copa, parecían donairosas zagalas. Paseaban á pie y solas.

El ganado bravo había sido llevado á los parasales; sólo unas cuantas vacas y un torito de buena raza andaban por ahí mugiendo de tiempo en tiempo, como para hacerles coro á las aves del corral que en variadas voces metían ruido: el gallo cantaba, cacareaba la gallina, gritaba destemplado el ganso, el pavo real llamaba á su *vieja*, y abombándose estallaba el chompipe en gutural ruido.

Los caballos ya tendrían para trabajo, pues, encerrados en el corralón, estarán á la mano de Quirco, quien los ensillará y desensillará muchas veces al día para dar gusto á las Amazonas infatigables. ¡ Cosa de todos los veranos, la de no dejar la montura ni los estribos !

El sol picaba fuerte, y las doncellas, después de haber visitado algunas campesinas del vecindario, han vuelto sudorosas, encendidas las mejillas, despeadas de tanto andar, á servirse refrescos de naranja ú orchatas de arroz, y á recostarse con intenciones de dormir la siesta, y prometiéndose para en adelante, más largos y preciosos paseos.

## II

Como una tras otra iban arrojando las cartas sobre la mesa, y diciendo:—No juego más.—Ya perdí la tercera camisa, la animación fué decayendo hasta quedar disputándose á la carta mayor los granos de maíz amontonados en el discurso del juego, la señora madre de Felicia y una de sus sobrinas que al fin barrió el dinero del platito de vidrio. Entonces la rueda de jugadores, comenzando á fastidiarse, se levantó: las personas mayores se encaminaron á sus lechos, y en el comedor quedaron las tres niñas alzando la baraja y el maíz con que jugaron al veintiuno. Desempeñando esta tarea, una preguntaba por



los fósforos, otra pedía una candela, y todas, hablando á un tiempo, comentaban los lances del juego de aquella noche. Felicia, con quien la suerte se había mostrado hosca, cogió el candelero y salió al corredor seguida de sus compañeras. La brisa fresquísima del campo en nada estuvo que las dejase á oscuras apagándoles la candela. Volvieron al comedor, cuya atmósfera tibia les fué agradable, y después, muy agrupadas, bajaron ruidosamente la escalera. Al rato subieron corriendo, sin luz; y en grande algazara se metieron al dormitorio ya con intención de acostarse. Cada una se colocó de pie frente á su catre como á mirar si en él faltaba algo. Parecía por el silencio momentáneo que guardaron, que el sueño las dominase y que sólo pensaban en recogerse. Mas una de las primas se acercó á Felicia, diciéndola:

—No ganaste; perdiste tu peseta y los

granos que te dí. Torcida en el juego, derecha en el...

—Sí, agregó la otra. Después dirás que no te quieren...

Y tomándola por la barba con gracejo inimitable, la besó.

Así comenzó la charla. Poco á poco se hizo retozona, creció, y las almas transparentaron sus intimidades. Conforme despedían sus secretos aquellas vírgenes, despojábanse de sus prendas de vestir. Cubrió su desnudez, desde el cuello á la pantorrilla, blanco camisón de encajes y bordados que, á los movimientos de ellas, se ajustaba primorosamente á las morbideces y turgencias.

Al pie de la cama, las botitas, alicaídas; sobre los taburetes apolillados, con aperezado encogimiento, las enaguas, las medias, el corsé y las faldas.

Queriendo Felicia verse una picadura de

mosco que tenía en un brazo, fué descalza á traer la candela; y cuando se la acercó al brazo, semejó una vestal guardando el fuego sagrado. En la albura de la piel se veía la eritema purpurina de una como punzada, muy semejante al rastro de un ósculo quemante. Las primitas acercáronse á mirar. Y el grupo de niñas, con aquellas trenzas oscuras bajándoles por la espalda, y por los hombros al pecho; desgranando de sus bocas seductoras risas melodiosas, casi como escalas musicales, dándose bromas ingenuas con sus voces de timbre argentino, parecían una conjuración de hadas reunidas al rededor de mágica llama para estigmatizar á Eros fogoso.

Estaban empeñadas en que Felicia no había ganado al juego porque Luis la idolatraba, así como ella á él. Y Felicia negaba; hasta que, resuelta, dijo, como para coşer los labios de aquellas indiscretas bocas de granada:

—Bueno, sí, le quiero. ¿No es muy guapo?

—Muy *corrongo*. Por eso, agregaron las primas contentas de su victoria; y tanto, que armaron algarabía y de pronto una le tiró su almohada, diciéndole:

—Ahí te lo mando para que le des un abrazo.

—Y un beso, añadió la otra.

Felicia recibió el almohadazo y corrió por el cuarto tras su agresora que escapaba poniendo de parapeto á la otra niña. Como no lograba su afán vengativo, optó Felicia por atacar á las dos primas que hicieron causa común y dieron batalla tirándose almohadazos y revolcándose como gatillas sobre las camas. La encarnizada lucha se interrumpió á la voz de la señora madre de Felicia, que oyendo las carcajadas y el taloneo de pies descalzos, desde su dormitorio, gritó:



«Niñas, niñas! Qué es eso? Duerman y dejen dormir.» Huyeron ellas á sus lechos como gacelas cerriles sorprendidas, y presurosas se arroparon, agitadas del ejercicio. Apagaron la luz. En tinieblas siguieron hablando en voz baja acerca del amor, de lo que era, de cómo se amaba, hasta que por fin, muy asidas de las almohadas se rindieron al sueño.

El caserón quedó sumido en el silencio, ese silencio de la media noche que trae á la mente dulces recuerdos y nostálgicas impresiones.

En el campo escuchábase la gárrula alegría del ramaje batido por el viento que bramaba como mar tempestuoso. En el cielo, la luna había recorrido ya bastante de su orto, y su luz pálida figuraba mil caprichos de sombras en los potreros, entre los sembrados. Y las castísimas copas de las reinas de la noche, volcadas, derramaban una orgía de perfume penetrante.

## III

Quirco tenía un no sé qué de femenino no obstante sus pobladas cejas, sus labios gruesos sombreados de bigote, su prominente barba, su tez morena y sus anchos omoplatos que á cualquiera otro darían empaque de varón fuerte. Tal vez esa apariencia femenil á su trato suave se debía, á la vez que á la humedad constante de sus ojos negros como el ébano, y á su temperamento sombrío.

Felicia aprovechó la índole complaciente de Quirco. La fogosa tiranuela encantadora se tomaba la libertad de darle bromas, y, aunque desdeñosa, con la mayor naturalidad preguntaba y oía al mozo, de la vida de los campesinos y las campesinas. Inge-

nuamente teniéndose ella por superior, distante estuvo siempre de dar á esas charlas otra importancia que la de meros esparcimientos inocentes de ama con su casi siervo. Sólo que su inquietud, el desparpajo de su conversación eran tales, que, aun cuando carecían de malicia, poníanla sin embargo en sobra de ocasiones de menguar la blancura de sus palabras y la pureza de sus actos.

Aunque Felicia era de natural vivaracho y estaba dispuesta á divertirse en todo momento, perdía tardes bonitas sentada en un escaño del corredor dejando volar el pensamiento á la ciudad, olvidada de todo lo demás. Quirco, que adivinaba los más insignificantes deseos de su ama, para satisfacerlos, no alcanzaba á comprender aquellas cortas y extrañas melancolías de una jovencita que, rica, primorosa y alegre, tenía, según él, que ser completamen-

te feliz. Y devanábbase los sesos buscándole distracciones. He ahí por qué al cabo de dos semanas no quedaba á Felicia y sus primitas nada por hacer: el mozo habíales enseñado el Cajón, remanso de un río no caudaloso, en donde todos los días se bañaban ellas al abrigo del viento y de miradas impúdicas; habíales indicado los lugares de paseo que difícilmente, si no es él, hubieran conocido; unas cuantas veces, acompañado de amigotes que tocaban el acordeón y la dulzaina, había estado hasta muy entrada la noche tañendo la guitarra en el corredor del jardín para que ellas bailaran ó cantasen; y muchas tardes las había llevado á casa del viejo ñor Lemán, que vivía en la finca, á que les contara cuentos de camino, con aquella gracia y aquel acento andaluces, que á pesar del tiempo y lo lejos que estaba del comercio de los hombres, no había perdido; ó á que les



refiriera el buen viejo las peripecias de su azarosa vida desde que zarpó de las playas europeas á buscar plantas nuevas, hasta que vino á parar á aquel recinto ignorado de muchísimos y de sus compinches de odisea que tan malos ratos le hicieron pasar al pobre en la América del Sur, y en Asia, porque también allá había estado él, cuando era el judío errante como solía llamarse á sí mismo siempre que lo dejaban soltarse por la vía de sus recuerdos.

El sol descendía; entre la arboleda cintas de luz se colaban cambiando tonos de paisajes ideales y formando en el suelo como riachuelitos de oro. Felicia, sentada en un escaño del corredor del jardín, como otras veces, estaba pensativa. De rato en rato fijaba los ojos, ya en el repello resquebrajado de los muros escalados por el cundeamor y la bellísima; ya en las tejas que lucían cabelleras de guarías, ó en algún zote-

rré cuya habitación estaba debajo del tejado; ó ya en el negro fleco pintado por la sombra del alero en lo alto de la tapia, en la que un hermosísimo rosal recostaba su cúpula florecida.

Un colibrí de vibrantes alas tornasoles hundía el pico en los cálices de las rosas.

La gata, la mimadísima de todas, lo vió, y como relámpago brincó á un seto, de allí á un tronco y después á la tapia. Agazapándose deslizóse hasta que se puso en guardia ante la presa. Entonces fue de verse cómo se reflejaba vivamente en el rayón amarillo de su ojo fúlgido la agitación del vistoso y deslumbrador rey de las avecillas. Tembló la gata apercibiéndose á cazarlo; pero ¡oh, chasco! El colibrí huyó al cafetal, de un vuelo, arrebatando la mirada anhelosa de su enemigo. Miau... miau... Sí, con qué mesura afirma una tras otra la miniatura de sus garfas cual si caminase sobre

flores y á su pesar no revelase sus instintos fieros. La hipocritona algo ha pillado: tupido ramillete de hojas se movió y un *co-mematz* disparóse á la araucacia vecina. La consentida resbala cuidadosamente entre el pitiminí evitando las espinas, y hace alto frente á un nido con dos pichones apenas trajeados de plumón, que al leve rumor de las hojas, piaron. La gata enderezó la cabeza y el espinazo, miró con curiosidad, alzó una mano, abrió el abanico de su garra y la metió en el nido. Los padres de aquel hogar piaban y revoleaban asustados en la araucaria. Después de retozar la mano dentro del nido, entre las afiladas uñas sacó ensartado un pichoncillo palpitante que se tragó como rica confitura. Los padres de aquel hogar piaban locos de dolor en la enramada. La tigre sacó el otro pichón en la sangrienta zarpa pinchado y se lo zambucó. Saltó del rosal como silencio-



sa pelota de hule, y relamiéndose fué á sentarse sobre las patas traseras, orondísima, exactamente en un claro de sol proyectado en los ladrillos del corredor. Al rato se lavaba la cara con glacial indiferencia.

Felicia, al oír los pitidos de los pájaros, vio los movimientos de la *felis domestica*, pero no se dio buena cuenta del drama sino hasta después de mirar el nido destrozado y de escuchar la desesperación de los comemaíces fielmente comunicada en sus tristes y continuos pitidos, lo cual le causó pena por aquella pobre pareja hacía un momento tan felices y que, ahora, en el extremo de una teja aquí, en una rama de higuera allá, lloraban sus tiernos polluelos.

La gata, cuya sombra se extendía en el piso, seguía lavándose tranquilamente la cara. Una criada que pasó por el corredor la vio atareada en acicalarse con su propia saliva, y dijo con retintín:



—La gata del ama se lava la cara, segu-  
ra visita á la señorita.

Felicia comprendió á donde iba aquello é hizo un mohín de duda, pero el dicho fue como una sonrisa al corazón; esperanza lisonjera se le aferró al alma, y dejó errar otra vez sus pensamientos como lucecillas volantes, siguiendo con ojos inciertos el astro que por una abra se hundía como si huyera en coruscante carroza de nubes colorinadas.

En tanto, cerca de la puertecilla del jardín, recostado al muro, tras un limonero, Quirco tenía clavados sus ojos en la niña.

## IV

Aquel domingo oyó la misa muy devotamente y los santos debieron de agradecersele, ó la criada acertó en su augurio de la tarde del drama en el jardín, porque allí estaba. ¡Si todo en la vida saliera así...! Caballero en mosqueado jamelgo de alquiler, amarillo de polvo hasta los corvejones, desembocó en la plazoleta de la iglesia cuando terminaba la misa y comenzaban á salir del templo los campesinos. Llegó á media plaza, tiró impetuosamente de las riendas, y el mosqueado sentó en raya las traseras patas, frente á las niñas, que en animada charla y golpeándose la falda con los látigos, en busca iban de sus cabalga-

duras. Ver Felicia al jinete, írsele la respiración de la sorpresa y el gozo, y recobrarse de aquella fue todo uno. Echó pie á tierra el caballero, saludó afectuosamente, y asiendo del cabestro su mosqueado que se quedó á la zaga, marchó á la par de ellas.

Felicia hizo moderadamente cargos á Luis por haberse hecho éste esperar tantos días. Lo que á él complació al recordar su triunfo de la última noche de los juegos de pólvora.

—¿Por qué no vino el domingo antepasado?

—Pues... ocupaciones...

—¿Y el pasado?

—¡Ah!... Estaba en Limón. Fui el sábado á dejar á Carlos Gómez que se fué para Nueva York, y no pude regresar á San José hasta el lunes.

—¿Y V. no teme la fiebre amarilla?

—Por dos días que estuve... No.

—Vaya, le admitimos las excusas con tal de que almuerce con nosotras.

—Muchísimas gracias; pero no me es posible; me da pena. ¿Qué dirán en su casa? De buenas á primeras quedarme yo...

—¡Qué han de decir! Que V. nos viene á ver y que debe recibírsele como merece.

—Sí, gracias, gracias... Pero su papá... Dejemos eso para más adelante.

—*Adió*, si en el campo... No, no. Qué penas ni qué nada. Tiene que venir. ¿Usted cree que si le hubieran de poner mala cara yo lo invitaría? Mi papá no dirá nada.

—Sí, sí, venga. Insistieron las primas que hasta ahora no habían hablado.—Vamos por los caballos que están cerca del establecimiento de *ñor* Teobaldo. Y todos á almorzar en seguida, sin respingues.

Luis recapacitó; mas el deseo de estar con su pretendida, pudo. Y á estas habiendo llegado á donde estaban los caballos,



ayudó á las niñas á montarse, y partió la cabalgada. Al cabo de un cuarto de hora de marcha una cogedora de café les abría el portón de la finca y entraban en ella. Minutos después ya conversaba Luis con el progenitor de Felicia, agricultor de bastantes años de edad, gordo, que resultó haber tratado al difunto padre de Luis. Eso, y la buena fama que precedía al mozo, le granjearon la simpatía de la familia, por manera que almorzó tranquilo. Además sostuvo juiciosamente la conversación del amo que fué diversa, por cierto.

Reposado el almuerzo, agotados los temas de charla, se levantó la mesa y Luis se dedicó libremente á Felicia, que era lo que ansiaba.

Los rayos del sol calcinaban desde el cenit. La atmósfera estaba bochornosa. Las niñas trajeron sus sombreros alones

de paja, adornados con la blanca plúmula de la trepadora *barba de viejo*, y fueron con Luis á echarse á la fresca sombra del higuerón corpulento que se alzaba en el potrero, allá en un ángulo del galerón. Antes de salir de la casa Felicia dio orden á Quirco de que les llevase frutas.

Con exageradas precauciones la niña, para sentarse en la alfombra de césped que se extendía al pie del árbol, ciñóse y bajóse la falda cuidando de taparse hasta la punta de las botitas á fin de que los ojos de Luis no registrasen los ocultos primores que veda el pudor. La imitaron las primas, y el mancebo se tendió en el zacate apoyando la cabeza y un brazo en un codo de raíz que se empinaba bastante sobre el suelo. Pero á poco, la fogosidad de las niñas, que se daban bromas de palabra ó que se hacían cosquillas tras las orejas y en la nuca, con tallos de yerba, las hizo levantarse,

perseguirse corriendo, volverse á sentar y correr otra vez. Por fin, una de las primas, con suavidad tiró de un pie á Felicia haciéndola resbalar un trecho en el zacate; y dijo ésta:

—Qué *hígada!* Así no. Ya me soltaste...

—Qué? preguntó la prima.

Sin contestar Felicia la cogió por el brazo y la invitó á seguirla.

—Un momento. Ahorita venimos, exclamaron ambas; y entraron en el galerón yendo al otro extremo, detrás de un poco de madera que las ponía á cubierto de las miradas del amigo. Allí, colocando Felicia el pie derecho en un cajoncillo, alzóse la ropa hasta dejar ver el encaje fino de una pieza blanca, cerca de donde termina la media, y púsose á estirar ésta. A sujetársela iba con el cendal, que era lo que se le había desabrochado, cuando en la tranca apareció Quirco con un rollo de cañas al

hombro y un *canasto* de naranjas y *limas* en una mano. La prima gritó con rapidez:

—¡Felicia, Felicia: te ve Quirco!

Al punto se asustó Felicia; pero viéndolo apenas, replicó con olímpico desdén:

—Niña, me has dejado muerta. ¡Qué me importa á mí Quirco!... Yo, por un peón, no paso apuros...—Y siguió arreglándose como si tal cosa.—Creí... No sé qué creí... Que era Luis.

Quirco se detuvo en el puentecillo de piedra. Una oleada de sangre le encendió el rostro, y murmuró dos interjecciones de delicia. ¡Después de todo... era hombre!

Concluído que hubo de prenderse, la señorita quitó al mozo perplejo un par de cañas y se las llevó á Luis, que con su navaja les cortó el cogollo sin dañar las hojas para lanzarlas después al aire como cohetes verdes no explosivos.



Poseído de un ligero temblor nervioso Quirco depositó su carga al pie del árbol; desenfundó su cuchillo que relumbró al sol, peló caña para todos y se retiró luego á la tranquera.

Después, muy juntos, Felicia y Luis arrancaron y comieron ramillos del anís que perfumaba el zacate donde estaban sentados. A poco, él sólo se ocupó en decir ternezas al oído de su compañera, y en recitarle versos delicados. Ella, por impulso de su corazoncito medio de chiquilla, medio de mujer, deseó armonizar con aquella música: su ilusión buscó el tono y su pecho respondió. El lo comprendía y allá en su alma deseaba ardoroso unir á las rimas, besos de las palabras, las intensas emociones del amor, besos de los labios.

Mientras, las primas, sorbiendo el jugo de unos cabos de caña, se habían separado un tanto de la feliz pareja, intencional-

mente, y conversaban de sus cosas en la intimidad. Y Quirco, sentado como un mono en el último travesaño de la tranquera, contemplaba á Felicia, hundiendo á veces cual puñales sus miradas de celoso en el galán de la ciudad, indolentemente echado en el suelo á los pies de la gentil dama de sus pensamientos.

## V

En ciertos temperamentos la violencia con que germina y arraiga una pasión es un peligro tanto más de temer cuanto que transforma al hombre en monstruo incomprendible, al que no encadena la violencia misma, ni aplaca en sus determinaciones la razón, ya que esa fuerza pasional mata la relativa libertad de las voliciones. Esos temperamentos, obstaculizados en su ruta, suelen atentar contra sí mismos cuando no hallan sobre quién reventar la ola furiosa de su desesperación ó de su cólera insana.

Ahullan las pasiones en el pecho de los hombres, y los conducen hacia fines diver-

sos y contrapuestos: conceden la palma de la victoria á unos, á otros los anulan, y á esos los aherrojan. Pero ninguna como la del amor, que no podrá calificarse de mala en sí, pues la más imperiosa de la Naturaleza es, presenta en sus efectos caracteres tan contrarios. ¿Y quién sabe cuando esa pasión comienza, á dónde se llegará? ¿Lo presume el sabio? Lo que es el pobre Quirico, solamente no ignoraba que Felicia le trastornó la vida, sin explicarse él de qué modo ni desde cuándo.

La infeliz María, que de la mañana á la tarde se vio abandonada, sí creyó saberlo. Y allá se estaba la enmustecida flor del campo encerrada en las paredes de su casa del pueblo, palideciendo sus mejillas, circundados sus ojos de venadita, de surcos azules, sellos del dolor, y con el corazón hecho un puño, estrujado; pero el alma siempre poseída de inmensos deseos de hacer



sos y contrapuestos: conceden la palma de la victoria á unos, á otros los anulan, y á esos los aherrojan. Pero ninguna como la del amor, que no podrá calificarse de mala en sí, pues la más imperiosa de la Naturaleza es, presenta en sus efectos caracteres tan contrarios. ¿Y quién sabe cuando esa pasión comienza, á dónde se llegará? ¿Lo presume el sabio? Lo que es el pobre Quirco, solamente no ignoraba que Felicia le trastornó la vida, sin explicarse él de qué modo ni desde cuándo.

La infeliz María, que de la mañana á la tarde se vio abandonada, sí creyó saberlo. Y allá se estaba la enmustecida flor del campo encerrada en las paredes de su casa del pueblo, palideciendo sus mejillas, circundados sus ojos de venadita, de surcos azules, sellos del dolor, y con el corazón hecho un puño, estrujado; pero el alma siempre poseída de inmensos deseos de hacer

el bien. Su fatalidad negrísima fue aquella Felicia que se le parecía en el físico y que disponía de muchísimos más encantos para seducir á su falaz Quirco: de los que una emperatriz romana pudo tener para fascinar y perder á sus vasallos.

Sucedió todo silenciosamente. Una tarde, al volver de la *cogida*, en la ronda del *cañal*, y saliendo á la carretera, después de caminar juntos, mudos, la dijo él fríamente, sin atreverse á mirarla: «Adiós, María...!» Pasó el tiempo y aun le zumban á María, en los oídos, las dos palabras glaciales, repercutiéndole en el corazón como el eco de voces de ultratumba en una cripta. María se resignó porque dicen que la resignación es hermana de la esperanza.

Al padre de Quirco debía la *hacienda* las mejoras más importantes: las de que su dueño se ufanaba como de propia labor. Y murió sirviendo al padre de Felicia, que le

dispensó señalado cariño de amigo. Por eso Quirco vivía en el caserón de la familia, y á él se le toleraban conversaciones con las niñas y que las acompañase á paseo para que las sirviera. La honradez del ex-mandador se resolvió después de su muerte, en confianza y distinción para su hijo, que no era ni con mucho como el padre, pero que disfrutaba de lo que éste supo cultivar.

La fogosa de Felicia andaba por todas partes, no respetaba ni el aposento de Quirco, en donde con sus primas, á veces se metía á curiosear las cosas del mocetón. Ella lo registraba todo ávidamente y lo quería averiguar todo con sus puntos y comas. No paraba en sus averiguaciones porque tuviese que rozarse, tal vez demasiado, con criados y peones, lo cual, por desmoralizador, su madre le tenía prohibidísimo. De los párrafos que á Quirco por tal costumbre tocaron en suerte no se dice, toda vez



que el mozo proporcionándola á diario sus servicios hasta en los pormenores, aprovechó las ocasiones; item, que llevado de sus extremos se había convertido en la sombra de Felicia, proyectada muy cerca de ella cuando la servía; á distancia, otras veces.

La señorita no había adivinado que el campesino la amaba, la codiciaba con frenesí, pues él no había sido osado á requerirla de amores; y ella, á los galanteos con que sí la obsequiaba él, no daba un ápice de importancia, los creía parte de los deberes de un buen sirviente.

Quirco sentía la muerte ó la vida, según que Felicia hubiera amanecido desdeñosa ó afable con él. Frente á frente colocados, el muchacho no le daba la cara sino por momentos, temeroso de que sus ojos que despedían intensos efluvios pasionales, revelaran demasiado.

Para distraer sus horas de tristeza ó



aplacar sus violentos ímpetus, Quirco recogía las horquillas que á Felicia se le perdían. Con delicada adoración alzaba, desenredaba y arreglaba las marañas de pelo que ella solía arrojar desde el balcón al potrero ó al jardín. Marañas que la niña cuando se peinaba hacía con sus finos dedos, del cabello enredado en el peine.

Una vez se le amarró al alma una cinta que Felicia usaba de cuando en cuando al rededor del cuello, y tuvo la suerte una tarde de hallársela en el jardín al pie de la araucaria. Antes de apoderarse del pedazo de seda, Quirco miró en torno, azorado, cual si fuera á cometer un delito; y como nadie había que le delatase, lo escondió rápidamente y se coló en su cuarto á meterlo con los otros objetos bajo el esterón de su catre de tijera y de manta, que por acá decimos tijereta. Allí, como chiquillo guardoso ó anciano monomaniático, ocultaba

con religiosa unción aquellas sus reliquias, amuletos que él creía eficaces para calmar su vehemencia y conseguir el amor de la niña, tan indiferente, tan orgullosa, que de puro que lo despreciaba le descubría linduras generalmente veladas y que más le excitaban y enloquecían. Quirco, antes que peón, era hombre.

## VI

Había estado tan contento Luis durante el día, que dispuso la vuelta para la noche. Su dón de gentes le captó en pocas visitas la simpatía de aquella familia, y ya podía disfrutar de cierta confianza que le hacía más grata la permanencia en aquella casa donde la veleta de su amor se había fijado impulsada por el constante y buen viento de las gracias de la joven.

Inventóse ir á ver á ñor Lemán, pero á pie, para gozar mejor de la belleza de la tarde. Cantando á voz en cuello atravesaron el potrero, y muy alegres, sin sentir el exceso de ejercicio llegaron á la casita por cuya ventana se veía la lumbre destellando

su rojo color. Aquella vivienda con su corredor de tierra, colocada al sesgo en una nava, terminaba el caminillo de *huesillales*. Un trozo de madero negro y una banca estaban orillados al muro del corredor. Ocupaba el centro de la banca ñor Lemán que parecía un Moisés por su estatura, su blanca barba y meléna cana. Al ver á los recién llegados se levantó saludándolos.

Quirco, que se había adelantado al juvenil tropel, veíase en un extremo de la solana, y cuando oyó que pedían á ñor Lemán un cuento, acercóse á un pilón de desbrozar café.

Las primas ocuparon la banca á la diestra del anciano y de su mujer, que á la bulla había salido para saludar y tomar parte en la velada que se preparaba, y que se había sentado á la izquierda del viejo. En un escaño que pusieron por ahí cerca, Feli-



cia y Luis oyeron el cuento. Quirco, como quedara frente á Felicia se acuñó en el pilón tomando una postura hierática de ídolo indígena.

El sol se escondió después de haber cubierto de un polvillo de oro el ramaje y las eras, y de pincelar con profusos matices las nubes que posaban en la crestería fragosa de las cordilleras lejanas. Las tinieblas dominaron el campo. De rato en rato, cada vez que los fumadores aspiraban los cigarrillos, la oscuridad era punzada por una aureola lumínica: las brasas parecían ardientes rubíes flotantes.

Ñor Lemán con fuerte y melodiosa voz reclamó el silencio y comenzó su cuento, el cual era como sigue:

Vivía en una casucha rodeada de bardas de piedra un hombre moreno que revelaba en sus facciones el torrente de sangre africana que con la ibera se revolvía. Su mujer,

joven aún, le había dado un mocetón capaz de levantar un buey con sus brazotes atléticos, y con una cara que daba gozo verla, pues era toda dulzura: tenía el muchacho veinte años y no asomaba á su labio el bozo. Una mañana, el hombre, al clarear el día, se acercó á su hijo, y levantándolo le hizo rezar al Sér Supremo y lo cargó con un hacha y un saquito de cáñamo en el cual llevaba la comida. Los dos echaron á andar en dirección á la montaña. Durante la marcha apenas se cruzaron palabras; y aquellas gentes supersticiosas, como no encontraran al paso perro que los recibiese ladrando, subieron cuestras, atravesaron barrancos y llegaron contentos, ya cerca de las nueve, á un bosque en el cual iban á cortar y á quemar árboles. En el valle el sol picaba fuerte; en la montaña, la sombra húmeda del arbolado y el agua abundante, refrescaban. Sin embargo, á medio día el

sol abrasaba allí también porque no corría ráfaga de aire, no bastando la corriente linfa ni la hojiosidad del ramaje á refrescar la atmósfera. Al declinar el sol, la neblina bajó á cubrir con su blanco tul, hasta el llano. El agua se preparaba á anegarlo todo. En un malísimo rancho armado con presteza en un gran trecho descombrado, pensaron refugiarse, y el padre dijo:—Vé, tú, hijo, á casa, y vuelve mañana, como hoy, al clarear la aurora: me traerás el desayuno y unas coyundas que bajo la empalizada de mi lecho dejé. El mozo se puso al cinto su cuchillo, dijo adiós y descendió con rápido paso de la montaña. Apenas entraba en una cañada que salía al valle, cuando se descargó una tempestad de agua que amenazaba cual nuevo diluvio. Arreciaba el viento, y los árboles de raíces podridas se desgajaban con estrépito. El mozo echó á correr, haciendo saltar el agua de las



charcas, para no entumecerse de frío, y temeroso de que le cayese corpulento cedro centenario de pies gastados por la edad. Con breves intermitencias la luz de los continuos relámpagos lo deslumbraba. Tronaba. Todo chorreaba agua como si de cada tronco, de cada brizna de yerba, brotase un manantial. Después de mucho correr divisó una tranquera situada á la izquierda del camino. Allá corrió; dichosamente era la entrada á un patio ó corral en cuyo fondo había una casa con ventanas de rejas de madera, con un corredor en frente y cercada de piedra volcánica. Tres muchachas frescas, rozagantes, hermosotas, descalzas, estaban en el empedrado del corredor observando cómo se inundaba el patio. El mozo, con la ropa pegada al cuerpo, hecho una sopa, pidió desde la tranca, posada. Las tres se pusieron de pie, y acercándose á los horcones del corredor, con galantería



le invitaron á asubiar. De cuatro zancañas y chapoteando el buen mozo se les puso al lado y las saludó con cierta confianza que ellas no rechazaron, al contrario, la recibieron muy bien. Seguía lloviendo á más no poder y la noche se venía encima tenebrosa. De cuando en cuando se oía el estruendo de las árboles heridos por el rayo ó desgajados por el huracán. Como la lluvia no cesaba, la menor de las doncellas creyó conveniente preparar cama al huésped, porque después de todo era un guapísimo varón que daba contento mirarle y estar cerca de él. Y las otras pensaron, que si como gallardo era también discreto, valía que se le amara. Antes de mandarlo á la cuja le dieron cena, que lentamente y charlando como una taravilla con la menor de las muchachas, despachó al estómago. ¡Qué tempestad aquella! Muchos años después se la recordaba aún con pánico, porque hizo

época. En amplia pieza de piso de tierra le arreglaron cama; le dieron por cobertor una tela de cáñamo; y le hicieron con yerbas la almohada. El cansancio del trabajo diurno y la mojada que se había dado lo hicieron sentir exquisito el lecho, y aspirando con deleite unos hacecillos de borraja y manzanilla que á la cabecera le habían acomodado, se durmió profundamente. Muy tarde de la noche despertó sobresaltado. Aplicó la oreja en dirección á la puerta para oír y ensanchó la pupila para penetrar el misterioso velo nocturno. La tempestad había calmado; soplabá brisa fresca afuera, que oreaba el campo; y ya sólo se oía el susurro de las hojas. En una esquina del techo de la pieza, un techo en forma de ángulo diedro, había una gatera enorme por donde entraban los rayos tenues de la luna y se veía á Actros, la sanguinolenta estrella, en su apogeo. El mozo